

Ulises diputado: la democracia a examen

JOSÉ ROMUALDO GALLEGOS GÓMEZ*

*Todas las cosas ya fueron dichas,
pero como nadie escucha, es
preciso comenzar de nuevo.*

ANDRÉ GIDE

*Derechos iguales para todos.
Privilegios especiales para ninguno.*

JEFFERSON

Servir o morir.

PROVERBIO JAPONÉS

De cuando en cuando, bajo determinadas condiciones sociales y en ciertos tramos históricos, las naciones y los individuos caemos en crisis que nos hacen perder ruta y perspectiva del camino que deseamos seguir; como si de pronto un apagón nos provocara ceguera momentánea y quedásemos parados en medio de la oscuridad; igual que los personajes de Saramago en la novela *Ensayo sobre la ceguera*, cuya enfermedad se va transmitiendo uno a uno, como si fuera contagiosa. Aunque se trata de una metáfora o un simbolismo, el mensaje es claro: ante el desconocimiento de la historia, podemos quedar ciegos. Lo mismo es para los individuos, los grupos, las familias, las ciudades, las naciones. Y no hay peor ciego que el que no quiere ver. No se trata de un asunto de voluntarismo ni de castigo divino. Se trata de errores humanos, de sociedades que han tomado decisiones y deben pagar las consecuencias. La democracia es un asunto de sociedades como tales y de los individuos que la forman; es, entonces, un asunto personal y social. Es una de las primeras condiciones para convivir en grupo.

* Primer lugar.

Parece una idea básica y hasta una aburrida obviedad, y como es una obviedad, lo damos como un hecho. Los resultados demuestran lo contrario; individuos y naciones perdemos la memoria y repetimos el error: negar a los otros. El autoritarismo, la antidemocracia o las democracias simuladas son precisamente eso: la negación de los derechos y la razón a los otros. Significa que no leímos o no quisimos aprender las profundas lecciones que la historia, generosa y puntual, nos entrega. La gran maestra es la historia y, si no asumimos el humilde papel del aprendiz, volvemos a tropezar con la misma piedra: la intolerancia. Frente a la confusión que provoca el ruido y los peligros de los fundamentalismos políticos, es prudente asumir una actitud de tranquilidad y aprendizaje. Como en la lírica hindú sobre los elefantes: ir en grupo, caminar en grupo, aprender en grupo, defenderse en grupo. Alfonso Reyes lo resumió así: «Entre todos podemos aprenderlo todo». La política es la ciencia de las conductas sociales. La democracia es una conducta social que debemos traducir en una conducta personal, asumir en consecuencia una personalidad democrática. Al hacerlo de esta forma, nos responsabilizamos por lo pronto de nosotros mismos; al tomar esta actitud, introducimos un nuevo elemento, la inclusión personal, que a final de cuentas es una forma de incluir a los demás. La democracia es incluyente por naturaleza. Si no consideramos esta condición personal, que al convivir con los otros inevitablemente es social, nos excluimos y excluimos al grupo. A pesar de lo que argumentemos, somos excluyentes. Y la exclusión mata la democracia, y todo el trabajo que se realizó para avanzar hasta cierto punto, se pierde. Cuando esta ceguera se generaliza, las instituciones pierden poder y credibilidad, se debilitan. Estas instituciones, que fueron fundadas y construidas para responder a las grandes demandas sociales y resolver problemas específicos de individuos, se vuelven vulnerables. Cuando esto sucede, es una oportunidad para fortalecerlas, reforzar y revalorar sus funciones y objetivos, reformarlas. Igual los individuos: si no apelamos a la conciliación y al diálogo, nos acercamos peligrosamente a ideologías y fundamentalismos; nos alejamos de ideas y fundamentos, desvirtuamos lo que nos costó trabajo levantar. Las buenas ideas nacen casi siempre intercambiando conocimientos y ex-

perencias con los otros; las ideas se fortalecen y enriquecen hablando con los que nos rodean. Diálogo y democracia forman parte del patrimonio social perfecto. Al negar esta posibilidad, aprendemos menos y quedamos hablando solos, suponiendo que el interlocutor no lo entiende, o no está preparado, o no sabe lo que dice, porque es necio; presumiendo que no está a la altura de nuestros conocimientos o nuestra capacidad para analizar los problemas políticos. Las ideologías cerradas que no abren puertas y puentes conducen hacia el monólogo ideológico, que es lo mismo que una isla encantada; pero el hombre no es isla, es archipiélago. Un conjunto de voluntades y aspiraciones que, al unirse, se transforman en un proyecto superior. Igual se conglomeran las ideas, los valores, las palabras; las mismas personas se conglomeran o se organizan en clanes, clubes, familias, escuelas, profesiones, sindicatos, religiones; crecen y se fortalecen en busca de un significado mayor, y casi siempre arrancan, crecen y permanecen en marcha, porque caminan sobre los durmientes de la democracia. Si buscáramos una metáfora que dé la imagen de este concepto, tal vez sean las ruedas con las que avanza un ferrocarril; así, las instituciones deben marchar sobre las ruedas de la democracia. Pero en honor a la verdad, la aspiración de los hombres por un mejor país no es una metáfora ni cumple su propósito al desearlo apasionadamente con el mejor discurso de amor platónico. La democracia son obras, no amores. Debe ser un hecho contundente, tan contundente que en nadie siembre dudas de su existencia. Cuando algo anda mal, surgen dudas, muchas dudas; entonces es necesario hacer un alto y aclararlas.

Un convivio social genuino y moderno se funda en la democracia. La verdadera modernidad se encuentra, más que en los neologismos y en los avances tecnológicos, en los nuevos tipos de convivencia social. Estas relaciones no son inmóviles o mecánicas, se transforman con el curso de los acontecimientos. La Reforma transformó y fundó nuevas instituciones, la Revolución despejó el camino hacia la modernidad y permitió la construcción de nuevas y fuertes instituciones para resolver los grandes problemas a los que los grupos sociales exigían solución. El movimiento del 68 procreó la reforma política. La democracia

es condición indispensable para vivir en modernidad; ser moderno es tomar una postura de aceptación y respeto por lo que piensan y expresan los otros; es una forma de incluir a los demás. Pensar en la modernidad sin el sólido andamiaje de la democracia es por lo menos una contradicción. La gran creación de la modernidad es el levantamiento de esta institución moral, y debe estar presente en todos los intentos por fortalecerla; si se pierde la moral, se pierde casi todo. Por esta razón, las personas, al contar con una moral fuerte y saludable, ganamos convicción; nuestros actos, nuestras decisiones, nuestra forma de asumir los nuevos roles de convivencia política contribuyen al fortalecimiento de las instituciones, porque éstas inician con nosotros mismos. Esta conducta moral cimienta y se encadena con otros valores e instituciones: justicia, economía, educación, política, etc. Sin una democracia bien cimentada, estas torres se debilitan y se desploman. Es hora de fortalecerla, y, para lograrlo, debemos echar mano de lo mejor de nosotros, redoblar esfuerzos, descubrir y buscar nuevos recursos; convocar, en el plano de la ética y la política, a los más sanos, los más fuertes, los de mayor imaginación: los jóvenes. Para ellos va el contenido de este trabajo.

ULISES, LA ESCUELA Y UNA ASIGNATURA PENDIENTE

La vida es una aventura, lo dice Stevenson, una y otra vez, en sus poemas. Se trata de enfrentar y vencer adversidades para triunfar y salir ilesos. Pero, según Stevenson, el enemigo y las adversidades están casi siempre dentro de nosotros. Habitan en nuestro interior grandes adversarios y grandes aliados: la pereza, la intolerancia, la cobardía, la ira, el protagonismo, la grandilocuencia, la soberbia, la superficialidad, etc. En cambio, contamos con otros valores y el antídoto para aquellos vicios capitales: la iniciativa, la tolerancia, la inteligencia, la colaboración, la sencillez, el respeto a lo diferente o desconocido. Estamos en medio del dilema y las decisiones las tomamos considerando riesgos, factores y valores. La democracia no es una aventura, pero es un valor que está dentro de nosotros, y para vivir con ella se deben

vencer adversidades. En este sentido, Stevenson tiene razón. El primer adversario es uno mismo. Parece un sofisma, porque según esta idea, la circunstancia social, el contexto económico, la realidad histórica, el factor religioso, la opinión y el juicio de los otros, no contaría, y sería suficiente sacar lo mejor de nosotros para promover una cultura democrática. Es cierto, no basta, porque somos nosotros y nuestras circunstancias, y dependemos en gran medida de lo que sucede alrededor. El pánico, la exclusión, la ira del fundamentalismo, crecen rápido cuando es temporada de incendios, y la mejor forma de extinguirlos es inyectar democracia. En tiempo de incendios todos debemos ser bomberos. ¿Qué es primero, nosotros o nuestra realidad política? No es una pregunta capciosa. La realidad empieza con nosotros. Unamuno sustituye el nosotros por el *yo*sotros. Los demás también cuentan, lo que otros hagan se refleja en un *yo político* y lo mismo sucede con nuestros actos, tienen un efecto directo y colateral. A toda acción corresponde una reacción. La democracia se multiplica como una cadena de acción múltiple.

Homero, que condensa la historia de la humanidad en la épica de *La Iliada* y *La Odisea*, propone a Ulises como el sujeto histórico que debe vencer la adversidad, representada por el canto de las sirenas y el cíclope. Si se deja seducir por el melodioso canto de las sirenas carnívoras, morirá devorado; si se deja vencer por la violencia del cíclope, será recluido y muerto. Homero, a diferencia de Stevenson, otorga un mayor poder a los adversarios que habitan y viven otros escenarios fuera del cuerpo y espíritu del protagonista Ulises. Se repite la moraleja: los otros también cuentan e influyen en nosotros. Al final de la aventura, Ulises regresa a Ítaca, es aceptado y aprende de nuevo a vivir con la comunidad. Otra vez, la democracia.

He citado los cuentos como lecciones de política, porque nuestra formación moral encuentra sus primeros fundamentos en la educación básica. Si ésta falla, llevaremos a cuesta grandes lagunas difíciles de subsanar. Infancia es destino y por consecuencia educación es destino. Lo que hacemos en el presente y lo que hagamos en el futuro está ligado con lo que recibimos de niños, con las primeras lecciones de historia que tomamos. De lo que nos dijeron y enseñaron los primeros

maestros depende que sean olvidables o inolvidables. La historia bien impartida y bien aprendida es inolvidable. Entonces, ¿por qué los jóvenes egresan de las escuelas primarias desconociendo gravemente contenido y significado de los principales periodos de la historia? ¿Por qué los niños egresan desconociendo sus derechos humanos fundamentales y, obviamente, los derechos de los otros? ¿Por qué desconocen el significado y nombre de los héroes en las nomenclaturas de las calles? ¿Por qué apenas memorizan y citan mecánicamente algunos nombres de héroes y algunas efemérides? ¿Por qué desconocen al diputado que los representa en el Congreso y cómo llegar a él para plantearle problemas específicos?

Porque la escuela no está cumpliendo con su misión y sus grandes propósitos. Porque la escuela no ha encontrado la forma de explicar claramente los grandes conflictos políticos. Aunque se avanza en esta materia, los resultados no son alentadores. La escuela es una institución y está ligada a todas las demás; si ésta falla, produce el famoso efecto dominó o el efecto mariposa. Tarde o temprano, cerca o lejos, aparecerá el problema. Se debe invertir tiempo, atención y recursos en esta institución. Se deben mejorar técnicas y estrategias en el modo de enseñar y aprender. Los maestros deben asumir el compromiso y elevar su calidad docente; los padres de familia deben involucrarse más; pedagogos, historiadores, sociólogos, comunicadores y líderes de opinión deben observar la escuela con una mirada más crítica y constructiva. Deben visitarla, asistir ocasionalmente, departir con los maestros y alumnos, vivir lo que está sucediendo en las escuelas. El caso específico de los funcionarios merece un comentario aparte. No visitan las escuelas, excepto para un evento oficial, que es cuando la escuela se engalana y todos actúan para que parezca un mundo feliz. Discurso y aplausos. Esa es la imagen que guardan los niños. Si los funcionarios públicos visitaran con frecuencia las escuelas, hablarían con los niños, explicarían a padres y maestros cuál es su función como diputado representante del poder legislativo y los orientarían sobre cómo contribuir para educar y formar a los niños en una vida democrática. Un funcionario en una escuela no es una utopía, es un posible ejemplo de educación cívica.

La democracia debe formar parte de la currícula escolar en todos los niveles, no sólo como una rutina o lección para cumplir con el programa, sino como una actitud natural. Hacer visible y objetivo lo que parece invisible y subjetivo. Trabajar más el tema con modelos pedagógicos flexibles que cristalicen en actitudes fáciles de observar, medir y evaluar. Una pedagogía de la vida cotidiana que desemboque en pequeños y simbólicos eventos democráticos. De principio a fin, la educación debe estar ligada con la democracia como forma de vida. El hombre y la mujer no nacen demócratas, se hacen. Sin embargo, los sitios o ámbitos naturales donde se debe fortalecer la democracia no sólo se refieren a la escuela. La sociedad en general lo demanda, pero conviene evitar generalidades para no perder de vista las partes que parecen obvias pero permanecen ocultas, como la parte oscura de la luna. Los criminólogos sugieren trazar la cuadrícula en el lugar del crimen y observar cuadro a cuadro detalles y evidencias con los que se resuelve un crimen. Probablemente la analogía no sea la apropiada, pero resulta didáctico. Se fortalecen las prácticas democráticas del cuerpo de una sociedad cuando se fortalecen las partes más importantes, pero también las más pequeñas. El corazón está formado por células. Así, los ámbitos pequeños o mínimos forman la república democrática. No me refiero a las divisiones políticas o a las grandes instituciones; se trata de los pequeños escenarios donde los jóvenes, la familia, los profesionistas, las minorías organizadas, los artistas y todos aquellos individuos anónimos que suelen ser la mayoría sin rostro, actúan diariamente haciendo microhistoria, que a nadie parece importarles. La democracia exige una conducta, una actitud. Al hablar, al compartir la palabra, al respetar la opinión y la postura de los otros; al saludar y dar palabras de aliento; al cumplir nuestras obligaciones cívicas, profesionales, familiares; al exigir nuestros derechos; al respetar los de los otros; al leer, al ir al teatro, al consumir o producir cultura. De los actos más sencillos a los complejos, estamos haciendo o negando democracia. No se trata de asumir una postura solemne con la voz impostada, moviendo los brazos como un actor que representa a un político. Se trata más bien de reconstruir dignamente las relaciones con los demás cuando éstas están deterioradas o se perdieron. «Salta

aquí, Ítaca es aquí», expresa la voz griega para indicar que resuelvas los problemas que te aquejan aquí, en tu propia casa. Ahí donde convivimos con hermanos, padres e hijos; donde leemos el periódico y podemos comentar las noticias; donde trabajamos y tenemos un horario, compartimos la oficina, el café, los proyectos. En los espacios de uso común donde de forma inesperada aparecen los terribles fantasmas de la segregación en sus más diversas caras y gradaciones; de la negación a los derechos de la mujer que compite por un mejor puesto, o a la que le niegan el empleo por estar embarazada; de la ofensa o burla por razones de preferencias sexuales; de las excéntricas formas de vestir; de los novedosos gustos por música y artes que desconocemos; de poseer otra cultura, de vivir de otro modo. Los jóvenes saben de todo eso, porque lo han vivido y lo han sufrido indirecta o directamente. Entre los jóvenes es fácil observar esta diversidad de personalidades identificadas por su gusto hacia la música, los atuendos, el color de la ropa, los modos de expresión lingüística, el uso de exóticos cortes de cabello y la portación de anillos y tatuajes. Tras estas indumentarias hay ideas que se deben respetar. En estos pequeños detalles salta la democracia, que equivale a respetar por igual minorías que mayorías.

La escuela es una microsociedad, una estructura orgánica con vida propia, pero este escenario repite modelos y esquemas que se practican en los grandes escenarios. Aunque sujetos a normatividad, están expuestos a conductas y decisiones de las figuras administrativas y docentes que allí operan. Todavía en algunas asoman los polvos de totalitarismos o autoritarismos, o en la mayoría, donde se respira un transparente ambiente democrático, aparecen pequeños brotes de segregación contra niños de capacidades diferentes. A otros se les descalifica por pertenecer a barrios problemáticos y de extrema pobreza. A las madres que no pueden pagar cuotas o inscripciones se les señala y exhibe. Todo eso lo absorben y aprenden los niños. Por su parte, los maestros juegan un papel determinante en el aprendizaje de las rutinas democráticas. El maestro, o la maestra, al hablar, al dirigirse a los alumnos, al solicitar tareas, al respetar el turno y el silencio, el modo y tiempo de los niños al aprender, pensar, expresarse, madurar sus juicios y habilidades, están fomentando o inhibiendo las conductas de-

mocráticas. Al abordar la historia, los libros, los temas polémicos, las notas de violencia que aparecen en la televisión y los medios, de alguna forma, está en los maestros convertirlas en materia de aprendizaje. En la escuela, el maestro es el principal mediador entre discípulos y acontecimientos importantes de la ciudad y el país. La democracia efectiva se prepara y fermenta en la escuela.

Los jóvenes son probables víctimas de los grandes problemas señalados en la agenda nacional: drogadicción, desempleo, delincuencia organizada, canibalismo político, etc. Pero, en especial, permanece el silencioso y temible holocausto de la corrupción. Va de lo cotidiano a lo monumental, y sus daños son incalculables. La esperanza está en aprender a vivir con valores, en respetar las reglas, y estas vacunas se encuentran en la casa y en las escuelas. Todos hablamos de este indeseable fenómeno nacional, todos lo señalamos y criticamos; se hacen grandes estudios, se invierte en publicidad, nos acusamos unos a otros, pero nada, o casi nada, avanzamos contra este monstruo, y es imperativo controlarlo y detenerlo. Si no lo hacemos, los jóvenes aprenderán a vivir y buscar el éxito con trampas, y estos recursos, en política, encuentran un ambiente propicio. Si algo resulta indeseable es, precisamente, un joven que hace carrera política basada en artimañas. Hay normas y reglas de convivencia; si no se respetan, el círculo vicioso se repite. Hay una evidencia cada vez más esperanzadora: los jóvenes hacen hasta lo imposible por prepararse, presentan exámenes de admisión, van a la universidad, leen con fruición, se interesan por el cine, el arte, el deporte, la política, y dan importantes señales de solidaridad. Los jóvenes se están preparando mejor y, si desean competir por un empleo, deben corregir sus hábitos de convivencia, de lectura, de investigación; leer e interpretar con inteligencia lo que sucede a su alrededor; abreviar en la cultura, ya sea como consumidor o productor; estar del lado de la ciencia y la tecnología, pero recordar que éstas son herramientas para el servicio humano, para mejorar su calidad de vida personal y social, para elevar la calidad en educación, para humanizar nuestro enfoque sobre el trato político con los demás. Porque nosotros somos los demás y los demás somos nosotros.

ULISES SIN MEMORIA

Desconocer la historia es negarse a sí mismo. Y nada hay más triste que una sociedad que olvida. ¿Es posible una sociedad sin memoria? Lo es. Por eso hay países que fracasan una y otra vez en sus grandes proyectos de educación, economía y democracia. Y como las naciones, las personas, cuando olvidamos nuestro pasado, nuestros compromisos como familia, como ciudadanos y como funcionarios públicos, solemos equivocarnos más. Para servir mejor a los demás sería bueno empezar primero por conocernos, por indagar y leer nuestra historia; preguntarnos cómo sobrevivieron nuestros antepasados; cómo sobrevivió nuestra raza el choque de la conquista: qué pasó con nuestro idioma, música, arquitectura; aprender de los postulados de los independentistas, de los guardianes de la Reforma y los sacrificados de la Revolución Mexicana. Si no aprendemos de los grandes acontecimientos de la historia, ¿cómo podemos ser mejores? Debemos conocer el origen de nuestro pueblo, municipio o colonia; quiénes fueron realmente nuestros antepasados, qué hacían, qué soñaban, qué aportaciones hicieron en la circunstancia histórica que les tocó vivir. Si desconocemos todo esto, llevaremos una parte hueca, fingiremos ser alguien, seremos espiritualmente vagabundos.

Si la educación no da a los niños el conocimiento de la historia, es simplemente un fracaso; la educación es básicamente una nodriza institucional con el poder de dotar al ciudadano de una identidad histórica: la tarjeta de la memoria. La educación debe ser una incubadora de siervos de la nación. La leche de la historia nos hace espiritualmente saludables.

Nuestros jóvenes han sido educados sentimentalmente con telenovelas; conocen a las artistas de moda, pero ignoran, imperdonablemente, la obra de Mina, Juárez o Morelos. Encantados por la televisión, leen muy poco. Nos damos por bien servidos si reconocen a nuestros héroes en las estampas escolares. En los niños se puede explicar, o en los adultos sin escolaridad o sin interés; pero en quienes aspiran a ser funcionarios públicos, esta omisión es condenable, porque demuestra que no tienen amor por su pasado y sus antece-

sores. Los jóvenes deben interesarse más en política, sin caer en la ingenuidad ni en la autodestrucción del romanticismo; ver la política como una actividad pública fundada en el humanismo; ser prácticos sin perder de vista los ideales que dan sentido a lo que hacemos; ser realistas, pero mantener la convicción de participar para ser mejores; convicción e imaginación para construir el eslabón político entre presente y futuro.

Mucho de superficialidad y ficción tiene la enseñanza de nuestra historia; nuestro sistema educativo ha dado historieta por historia y la ha enseñado mal, un poco de gato por liebre. La culpa es de todos: leemos muy poco, somos los Houdinis de la lectura; nos las arreglamos para vivir sin leer, ni de historia, ni de literatura, ni de ciencia. Lo mismo profesores, intelectuales, funcionarios, padres de familia, universitarios, periodistas, etc. Resultado: mucho ruido y pocas nueces. Urge en este aspecto una reeducación del ciudadano destinado a servir. Leer y tener conciencia de su significado debe ser un rasgo del funcionario público.

La modernidad no debe negar ni individualidad ni colectividad. Ser modernos es ser individuos que conviven en colectivo, parte de la tribu, ciudadanos de un país educado en democracia, solidaridad, otredad; en términos de tener siempre presentes a los otros y, sobre todo, honestidad e integridad.

El servidor público debe ser un ciudadano que soporte las grandes tentaciones: tráfico de influencias, abuso de poder, inexplicable riqueza económica; debe ser honrado consigo mismo y con los demás. No es fácil ser funcionario público. Nuestro país no es un jardín de rosas, es un gran proyecto hecho realidad. Lo dice el poema de López Velarde cuando nos recuerda el bien y el mal.

De pronto parecemos un país cuyo reloj nacional parece estar averiado; pasajeros impuntuales en el ómnibus de la historia, llegamos tarde a nuestro destino; abordamos tarde la educación, la justicia, la tecnología, el deporte, y cuando ocasionalmente damos un buen golpe, el éxito nos enloquece y la medalla se nos derrite en las manos. Cargamos con el sentimiento de haber sido estafados y la máquina de nuestro organismo moral parece tocada en su centro. Y ya sabemos

que una nación desmoralizada va directo a la derrota. ¿Por qué tardamos tanto para saber y comprender la verdad? El '68 es el ejemplo más claro.

Necesitamos un funcionario público adicto a la verdad. Una sociedad que idolatra la mentira daña generaciones completas. El paternalismo y el populismo son deportes nacionales que se deben desterrar para dar lugar a la cultura de la verdad.

Es determinante crear un clima moral en ascenso, un calor de primavera mexicana proyectado por obreros de la democracia, una generación de jóvenes morales en cuyo trabajo y conciencia descansa nuestro futuro. No héroes mitológicos, dioses olímpicos que bajen a hacernos el favor. Esto no es posible. Los cuentos de hadas son bellos, pero la realidad los supera; vivir en el limbo es esperar a que otros vengan a salvarnos. Nosotros debemos tomar el papel, estamos obligados a ser nuestros propios protagonistas y en todo caso, ceder a otros, a los mejores, a los mejor dotados moral y políticamente, la estafeta de funcionario público.

Todos somos siervos de la nación. Si sentimos que nuestra sociedad está en crisis, es hora de fortalecerla; es hora de acudir a los altos valores: honradez, esfuerzo, respeto, democracia. Si nuestra función es pública, por pequeña que sea, es una función importante, y una cuerda rota o una resistencia quemada rompen la armonía de toda la máquina, de todo el concierto. Los profesores, los promotores de cultura, los médicos, los carteros, las enfermeras y demás servidores que aspiran a dar a los demás, a defender el bien común, a reconstruir nuestra gran casa moral y concreta que es nuestro país, estamos obligados a mejorar. Empecemos como el buen juez.

Es hora de apelar a lo mejor de nosotros, a lo mejor de nuestra historia. Lo que no mata, fortalece; apelar al recio carácter de una nación que sobrevivió a la conquista, a la guerra civil, al canibalismo político, al monopartidismo. El mismo país que fue capaz de institucionalizar los postulados de la Reforma y la Revolución, reivindicó héroes, fundó y estructuró grandes programas sociales, llámese educación pública o seguro social. Una nación que hoy sufre los embates de la violencia, la antropofagia política y el narcotráfico convertido

en poder organizado. Y con toda seguridad, sobrevivirá. Es hora de releer a Morelos, a Juárez, y de paso, la *Suave Patria* de López Velarde.

ULISES DIPUTADO

Con frecuencia se cree que la forma natural de participar y fortalecer la democracia de una sociedad es hacer carrera política en las instituciones públicas a través de los partidos políticos con registro. Ésta es una forma, pero no la única. En nuestro país, este método, convertido en una subcultura, presenta serios vicios que es necesario desarraigar: buscarse padrinzos, lograr contactos claves, utilizar sindicatos como trampolín o catapulta, desestabilizar escuelas de educación superior o simplemente hacer grilla con mexicana alegría, utilizando el viejo manual de tramposas estrategias que históricamente han sido evaluadas y demostrado el daño que provocan. En este sentido, damnificados somos todos. Las nuevas generaciones de jóvenes interesadas en participar en los partidos, en las políticas públicas y en la gestión social deben seguir las rutas correctas del bien común y practicar una filosofía del servicio, contar con un espíritu autocrítico y una inflexible estructura moral; entender que se trata de servir, no de servirse; ayudar, y no de aprovechar; sin ser simplista, poseer una visión clara y serena para trazarse objetivos a largo plazo, pero avanzar en objetivos prácticos e inmediatos; no ver a los grupos sociales como una masa o mancha humana que convulsiona cuando necesita ayuda. Pareciera una ingenuidad, pero la política es la ciencia que atiende los sentimientos y los problemas humanos. De eso se trata: de humanizar la conducta política de los aspirantes al poder público. No es un deporte que se juega con discursos y estadísticas. Es una disciplina social de contactos humanos. Se trata de resolver problemas, no de estudiar una sociedad a través del cristal del microscopio.

Más que un tratado filosófico, la democracia es una práctica y hace más quien la ejerce que quien la investiga o cita. La citan los líderes de opinión, los comunicadores en medios impresos o electrónicos, los teóricos motivacionales, las comunidades religiosas de diversas

denominaciones y, por supuesto, los representantes de los diferentes partidos políticos en su respectiva tonalidad ideológica: izquierda, centro, derecha. La palabra, producto del uso y abuso, de pronto pierde significado y cuando la sociedad lo demanda vuelve a cobrarlo, más saludable que nunca. Sobrevive y cobra vigencia. De alguna forma ha sido tomada como rehén para uso exclusivo de los discursos políticos, cuando debiera ser moneda de uso común, lo mismo por el científico, el taxista y el ama de casa. Todos podemos y debemos hablar sobre el tema y todos debemos ser consecuentes con nuestras palabras; es decir, ejercerla y vivirla de manera cotidiana.

CONCLUSIÓN: LA DEMOCRACIA A ESCENA

Tal vez la palabra más citada en la historia del **homo politicus** es precisamente democracia. En su nombre se han cometido verdaderas atrocidades contra pueblos, organizaciones y personas. No basta caracterizarse de personaje democrático, incluyendo atuendo y lenguaje. Hay que hacer cosas democráticas que parezcan democráticas. Parece un trabalenguas, pero tiene sentido. Los monopolios de partido y las dictaduras perfectas han sido cocinadas con este ingrediente. Igual que el sufragio efectivo se ha utilizado para simular democracia. Elecciones y democracia, aunque se parecen mucho, no son sinónimos. Ir a votar es bien importante, pero es sólo el principio; el proceso continúa, y los ciudadanos deben seguir participando con el mismo encanto y emoción con que depositaron la boleta en la urna.

Se accede a la democracia y a su fortalecimiento a través de diferentes líneas; una de ellas es la preparación, y, dentro de ésta, la información. Un joven sin estas armas y cualidades, se sentirá extraño y desnudo en medio del mundo actual que han llamado aldea global; si no está preparado, andará tocando puertas, aquí y allá, presentando un currículo poco atractivo, probando suerte, desempeñando cargos que desconoce, rezagándose hasta formar parte de las filas del comercio ambulante, y, en el peor de los casos, del ejército del desempleo. La realidad es contundente. Crece el empleo cuando crece la industria y

la productividad, que al mismo tiempo demanda mano calificada y nueva fuerza intelectual. Estos procesos y escenarios son parte de una democracia competitiva y eficiente. En todos los sentidos y rubros, la democracia exige preparación y un nuevo perfil productivo; no se puede ser democrático sin ser eficiente y productivo.

Y, al mismo tiempo, la democracia debe permitir el acceso a las nuevas oportunidades del empleo y la productividad. La democracia, sujeta a otras condiciones y leyes de mercado, produce directa o indirectamente empleo. El mundo cambia a sorprendente velocidad y modifica las relaciones entre las personas y sus modos de vivir. Frente a todos estos cambios: aceleración, individualismo, mitificación de la tecnología, cultura desechable, educación despersonalizada, deshumanización, la democracia debe estar constituida del fino acero flexible que permita ajustarse a las nuevas realidades políticas, templada al calor del nuevo mundo que vivimos y que, sin dejar de ser el mismo, sigue cambiando. Durante la Revolución Francesa se acuñó aquella utópica consigna: «La imaginación al poder». Con el paso de los años, las utopías entran en metamorfosis para dar lugar a posibles realidades. El fortalecimiento y la consolidación de la democracia en nuestro país no son la misión imposible; es una posibilidad tangible; es un modo de vida, una cultura que debe arraigarse y generalizarse. La imaginación es una forma de alcanzar el porvenir. Y son los jóvenes, nuestros soldados más fuertes, los comisionados para resolver esta encrucijada. Lo dice Alvin Toffler cuando critica las frivolidades y los esnobismos del mundo actual: «La democracia es la mejor estrategia para anticipar el futuro».